

Decrecimiento cultural: tentativas desde los ecofeminismos

Javier Rodrigo Montero | Transductores

URL de la contribución <www.iaph.es/revistaph/index.php/revistaph/article/view/4716>

En este pequeño texto queremos revisar y repensar algunas tentativas sobre las políticas culturales si las resituamos a partir de la madeja de los feminismos, pensando en un cambio a dos escalas y arcos: una de tamaño micro y de transición inminente y otra de tamaño macro-profundo y de arco temporal expandido. Si la pregunta clave del eco-feminismo es cómo trabajamos el conflicto del capital-vida, la reflexión sobre la cultura debe responder a los mismos retos: a cómo desbordar este binomio, a cómo dejar que la vida tenga presencia. Este reto supone una doble afectación en la cultura: demarcaría sus políticas por la perspectiva ecosocial, poner la vida en el centro; y, al mismo tiempo, supondría repensar cómo la cultura también puede aportar sus elementos específicos y saberes, con sus capacidades de imaginación política, de dotarnos de otras formas de pensarnos, narrarnos, de habitar y sostener la vida en común.

Este doble vínculo, este nudo doble interconectado, comporta diversas consecuencias para el trabajo sobre políticas culturales. De forma somera relataremos algunas de ellas.

Formas multidimensionales

En primer lugar, cabe pensar las formas multidimensionales de desarrollar un tránsito ecosocial. Como muchos movimientos ecologistas y sociales, entendemos que estas propuestas son vectores de cambio; es decir, son espacios en proceso, en cuestión. Requieren un tránsito hacia un nuevo ecosistema donde la mirada eco-social sobre la cultura desborde su campo de acción. Supone activar una mirada más amplia de la cultura, como bien común y, por tanto, como un conjunto de ecosistemas vivos y orgánicos: como políticas culturales, como conjunto de prácticas y ecosistemas con condiciones eco-sociales concretas, donde la cultura no se debate solo por los agentes expertos o profesionales del sec-

tor, sino que se amplía y trabaja en común entre diversos saberes, actores y agentes, tanto ciudadanos como otros que también tejen ecosistemas culturales (sobre esto volveremos más adelante). Si la cultura es un bien común, es interesante repasar, reactivar y repensar las formas comunales de gestionar recursos comunes y de cuidarlos (agua, pesca, bosques, cuidados, medicina y salud comunitarias). Revisar estas formas para aprender e implementar otros indicadores sobre el modelo de políticas culturales es un reto. Estas formas pueden dotarnos de otros modelos donde reactivar la cultura como derecho social y comunal, como un espacio donde lo reproductivo tenga más peso que la denostada capa productivista y desarrollista. Superar la mirada de la cultura como recurso económico neoliberal, como producto para ciertas élites, como cultura transgénica que arrasa el terreno y cultivos de base bajo marcas globales y macro-eventos (actúa como la industria de la soja). La cultura que se basa en el PIB y el impacto de las industrias culturales en parámetros de turismo y productividad mayoritariamente, para justificar que hay que salvar la cultura y que la cultura constituye además un espacio celebratorio donde volver a la normalidad.

Enredar-nos desde la cultura

Y esta reflexión nos hace de puente para el segundo eje de trabajo: la capacidad de enredar-nos desde la cultura en alianza con otras luchas ecosociales y de justicia social. Implica desbordar el marco de lo que denominamos cultura desde una hegemonía política clara. Desbordar qué es la cultura y cómo se debe gestionar correctamente; y su figura construida bajo el mito del sujeto moderno independiente: la hegemonía del gestor cultural neoliberal. Esta segunda consecuencia nos abre un reto clave: *deselitizar* y *despatriarquizar* la cultura, quitarle su marco de sujetos blancos, burgueses, varones y autónomos (el famoso BBVA). Repensarla como un trabajo cultural inter-dependiente y eco-depen-



Translab amarika. Laboratorio ciudadano de pedagogías en red. Sala Amarika, abril 2011 | fotos Transductores

diente de otros campos, saberes y luchas sociales: del derecho a la ciudad, de la vivienda digna, de las cuidadoras y trabajadoras domésticas, de las redes de soporte mutuo, de la educación viva y feminista, etc. Es decir, entender la capacidad de generar marcos comunes y alianzas anómalas y plurales de las trabajadoras culturales, de sus prácticas en relación a los temas, condiciones materiales y movimientos emergentes de los diversos tejidos comunitarios, luchas sociales y marcos ecosociales.

Decrecimiento cultural

La tercera implicación que hay que resaltar sería cómo ir más allá de un *newgreen deal* en cultura un decreci-

miento cultural. De algún modo, desarrollar movimientos y vectores hacia el decrecimiento es urgente más que nunca, y la delgada línea roja del post-desarrollismo y la normalidad anterior como estado positivo es uno de los riesgos más complejos de dirimir. Hemos visto muchas muestras de programas y procesos culturales en los que se ha pedido salvar la cultura y generar nuevos espacios de celebración y festividad, que recuerdan más a los formatos de macro-eventos pasados en consonancia con las medidas de seguridad, el discurso de las ciudades marca y el turismo cultural interior o local que, sin embargo, no dan pie a que se puedan repensar otras formas de producción cultural o de gobernanza compartida (de quién y cómo se decide sobre estos programas)

y otros modos de cuidar y generar prácticas culturales inter y ecodependientes.

Nuevo marco público-comunitario

La cuarta implicación tendría que ver con comenzar a experimentar un nuevo marco público-comunitario que supere el denostado marco público-privado que tanto ha marcado las políticas culturales (como consecuencia de la externalización de servicios y las sucesivas neoliberezaciones de las políticas públicas desde los 90 y agudizados en 2008 y seguramente en esta nueva crisis). Esta perspectiva ayudaría a pensar cómo se pueden trenzar alianzas desde los tejidos y economías comunitarias con las políticas públicas para trazar otras nuevas formas de repensar las instituciones culturales, las políticas públicas en cultura y sus diversos impactos comunitarios. Estos marcos pueden ser trabajados en instituciones nuevas o experimentales que recojan la tradición de la gestión comunitaria o la gestión vecinal, o también en micro-escalas con procesos y programas de escala social y micro en instituciones: por ejemplo un programa experimental eco-social de mediación, un trabajo de cocina-huerto comunitario en un centro de arte, un bar gestionado por cooperativas de auto-empleo, en un teatro nacional, etc.

Sentido común y público

La quinta implicación, la más macro y costosa, tiene que ver lógicamente con cambiar los criterios públicos de marcos administrativos a largo plazo. Es decir, cambiar la normativa –no como excepción sino como un sentido común y público– sobre gestión cultural. Consistiría en aplicar otros criterios, indicadores y elementos a las políticas culturales que estuvieran impregnados de los valores de la economía social y solidaria, de los feminismos, pensando en micro mercados sociales y ecosistemas cooperativistas donde las instituciones culturales pueden tejer sus mimbres conjuntamente con tejidos productivos locales y solidarios. Supondría un cambio de normativa virtuoso y factible, si somos capaces de armarnos de los saberes laborales y legales, y de transferir experimentos recientes a macroescalas. En este sentido es urgente generar otras formas de licitación y pública con-

urrencia, con indicadores comunitarios, con pliegos de concursos diseñados con indicadores cualitativos mayoritariamente y cláusulas sociales codiseñadas entre administración y comunidad. Y el gran reto es hacerlo con las figuras técnicas de la administración pública para ir generando normativa público-comunitaria. Este tránsito supone cambiar el *hardware* de la administración pública para que sea compatible con un *software* libre y abierto. Estas formas podrían afectar a múltiples capas de la gestión cultural: desde el concurso de educación/mediación, a comunicación, servicios técnicos, montaje de exposiciones, producción de fiestas de barrios o de otros eventos, etc. De este modo, se podría limitar y gestionar el acceso de las grandes empresas y monopolios a los pliegos de concursos públicos donde se mueven muchas partidas de dinero público. Se trataría de favorecer tejidos de micro-empresas y mercados sociales en torno a las instituciones culturales de la administración pública y otros programas para generar retornos directos y ecosistemas sostenibles y saludables para todas.